

PRESENTACIÓN

Jorge J. E. Gracia

La supervivencia de la metafísica es uno de los hechos más sorprendentes en la historia de la filosofía, pues desde su origen la metafísica se ha visto sujeta a numerosos y violentos ataques. En efecto, en diversos momentos de su historia pareció que se le había dado el *coup de grâce*. Pero la disciplina siempre se ha recuperado.

Los ataques en contra de la metafísica han tenido diferentes motivos. Algunos han sido inspirados por una actitud escéptica en contra del conocimiento en general. Éste es el tipo de ataque que encontramos en la Grecia antigua, cuando los sofistas rechazaron la certeza del conocimiento. Sus objeciones no estaban dirigidas en contra de la metafísica en sí, pues la disciplina no se había desarrollado todavía como una empresa distinta; sus ataques estaban dirigidos en contra de la posibilidad de todo conocimiento. Escépticos como Gorgias pusieron en duda las bases mismas de la ciencia, socavando todo intento de desarrollar lo que más tarde se llamaría metafísica.

El ataque escéptico no tuvo un éxito duradero, sin embargo. Del propio medio sofista salió Sócrates, quien, fundamentado en una reconocida ignorancia, preparó el camino para una de las teorías metafísicas más influyentes en la historia, la doctrina platónica de las formas. En efecto, fue un discípulo de Platón, Aristóteles, el primero que trató de distinguir la metafísica de otras disciplinas del conocimiento, y fue el editor de la obra de Aristóteles, Andrónico de Rodas, el que la bautizó como tal.

Durante la Edad Media los ataques en contra de la metafísica se llevaron a cabo por otras razones. La preocupación fundamental de la Edad Media era la relación de los seres humanos con Dios y la comprensión de lo que se consideraba como la revelación de los planes divinos para la humanidad. En este contexto, era de esperar que una empresa basada exclusivamente en facultades naturales se

estimara por lo menos como subalterna a la preocupación fundamental de la época. Pero eso no fue todo. A la metafísica, como a todo conocimiento no religioso, se le tenía desconfianza, porque las doctrinas de algunos de los que la practicaban parecían estar en conflicto con las doctrinas teológicas basadas en la revelación divina. La oposición en contra de todo conocimiento secular alcanzó extremos muy altos durante varios períodos de esa época. Pedro Damiano, por ejemplo, acusó al diablo de haber inventado la gramática porque ella hace posible la declinación del término *deus* en plural. Otras críticas fueron menos absurdas, pero por esa misma razón resultaron más perjudiciales para el futuro de todo conocimiento no teológico en general, y de la filosofía y la metafísica en particular. Las cuidadosas objeciones de Buenaventura contra todo conocimiento distinto de la revelación divina, y su intento de reducir todas las ciencias a la teología, amenazaron seriamente la empresa metafísica. Y lo mismo se puede decir de los autores de finales del Medievo, que contraponían la certeza de la fe a la mera probabilidad de la razón.

El ataque religioso en contra de la metafísica, como el de los escépticos de la antigüedad, falló. La oposición surgió entre los propios pensadores religiosos. Autores como Tomás de Aquino y Juan Duns Escoto no sólo defendieron la empresa metafísica, escribieron extensamente sobre la naturaleza de la disciplina y sobre muchos otros tópicos metafísicos, sino que desarrollaron teorías metafísicas que influyeron en muchas generaciones de filósofos futuros y contribuyeron, en los siglos XIII y XIV, a un verdadero renacimiento de la disciplina.

El auge del empirismo en el período moderno produjo un ataque de otro tipo. Si todo el conocimiento tiene por fundamento la experiencia y la metafísica, como muchos habían insistido, procede *a priori*, entonces la metafísica no puede considerarse propiamente conocimiento. El programa de empiristas como Hume parecía implicar la destrucción de la empresa metafísica.

Pero a Hume le sucedió Kant, quien adoptó como uno de sus objetivos precisamente el establecimiento de la metafísica sobre una base más firme. Su defensa ante el ataque empirista fue encontrar un lugar para la disciplina en el descubrimiento de las estructuras conceptuales que constituyen las condiciones necesarias del conocimiento. De manera que la metafísica, considerada muerta por muchos, renació de sus cenizas como el ave fénix, aunque en esta ocasión bajo una forma diferente. En efecto, la respuesta que Kant da a Hume inicia uno de los períodos históricos más ricos en especulación metafísica.

El siglo XIX produjo otro ataque en contra de la metafísica, esta vez inspirado en el crecimiento y éxito de las ciencias naturales. El positivismo de este siglo consideraba el método experimental de las

ciencias naturales como paradigmático de todo conocimiento y, por lo tanto, rechazaba conclusiones basadas en métodos que no se ajustaban a él. Ahora bien, como muchos metafísicos postkantianos de la época practicaban la disciplina al margen de la observación, los positivistas rechazaron sus teorías, considerándolas anticientíficas. Por otro lado, los positivistas también perseguían fines prácticos; su objetivo no era sólo teórico, sino que incluía además el desarrollo y el progreso de la sociedad. Dentro de este esquema, la metafísica, con sus fines puramente teóricos y su método especulativo, se percibía como un obstáculo. El ataque de los positivistas fue eficaz porque se ajustaba a necesidades y deseos pragmáticos.

Sin embargo, la rebelión en contra de la ola antimetafísica positivista no tardó mucho. La decadencia del positivismo del siglo XIX se debió en parte a los ataques del positivismo contra los valores éticos y estéticos. En su intento de reducir todo discurso al discurso científico, el positivismo buscaba reducir la ética y la estética a la psicología empírica, y no dejaba lugar en sus esquemas para conceptos como la libertad humana y el yo. Aun entre aquellos pensadores que habían sido formados en el positivismo, hubo algunos que encontraron esta perspectiva demasiado limitada y, eventualmente, se rebelaron contra ella. El resultado fue el retorno a la metafísica, pero esta vez a una metafísica de la vida, de lo humano y de los valores.

Uno de los ataques más reciente en contra de la metafísica se ha basado en ciertas teorías semánticas. Como resultado de las ideas importantes —algunos dirían revolucionarias— de Frege y otros se ha establecido en este siglo una fuerte conexión entre el significado del lenguaje y las condiciones de verdad. Esto, añadido a un renovado énfasis empirista, preparó el terreno para la teoría verificacionista del significado. Según esta teoría, propuesta y popularizada por los positivistas lógicos, la condición del significado es la verificación empírica, de manera que cualquiera oración que no sea verificable empíricamente no tiene sentido. Naturalmente, esta doctrina tiene consecuencias devastadoras para la metafísica, pues la gran mayoría de las oraciones metafísicas no son verificables en términos empíricos. Juzgadas por este criterio, las oraciones metafísicas no tienen sentido y, por consiguiente, la metafísica deja de ser una empresa legítima.

El ataque de los positivistas lógicos en contra de la metafísica ha tenido una influencia poderosa en la tradición filosófica angloamericana. Aun cuando la concepción verificacionista del significado fue inmediatamente criticada y, en última instancia, rechazada por los miembros de las corrientes filosóficas más influyentes en el mundo filosófico angloamericano, el impacto del ataque semántico en contra de la metafísica continúa teniendo repercusiones hasta nuestros días.

El primer intento importante de revivir la metafísica en la tradición angloamericana lo hizo P. F. Strawson, entre otros. Strawson mantiene que hay dos tipos de metafísica, una legítima y otra ilegítima. A la última la llama revisionista porque tiene como objetivo cambiar nuestra manera de pensar sobre el mundo o, como nos dice, «producir una estructura mejor [de nuestro pensamiento] sobre el mundo». La metafísica descriptiva, por el contrario, «se contenta con describir la estructura actual de nuestro pensamiento sobre el mundo»¹. Ejemplos de metafísicos revisionistas son Descartes, Leibniz y Berkeley; ejemplos de metafísicos descriptivistas son Aristóteles y Kant. La concepción de Strawson de la metafísica es muy diferente de la que tenían sus predecesores y constituye un paso importante hacia la legitimación de la disciplina entre los miembros de la tradición filosófica angloamericana. En años recientes, debido a la influencia, entre otros, de Strawson, la metafísica ha venido a ser una ocupación regular de los filósofos analíticos, aunque en general se acercan a ella desde una perspectiva lingüística y semántica. Una vez más, la metafísica ha renacido de sus cenizas, aunque con una vestimenta diferente.

Otro ataque reciente e importante en contra de la metafísica viene de los postmodernistas. Sus raíces se remontan a Kant y el historicismo del siglo pasado, pero es en Heidegger en quien encontramos la fuente inmediata. El círculo hermenéutico, tal como lo formula Heidegger entre otros, implica que el conocimiento depende del lenguaje, y como el lenguaje es culturalmente relativo y contextual, tal conocimiento no puede trascender la cultura y el lenguaje. Algunos han ido más allá, manteniendo que todo conocimiento, incluyendo el conocimiento metafísico, es ideológico y refleja el intento de ciertos grupos de dominar y reprimir a otros. De aquí provienen las acusaciones de que la metafísica ha sido una creación occidental para explotar las culturas no occidentales, y que la razón, como se entiende en Occidente, es una invención de varones blancos para mantener su hegemonía sobre las mujeres y los varones de otras razas. La metafísica se concibe como un instrumento más en la lucha entre los grupos que buscan el poder. Esto legitima las llamadas que se hacen para acabar con la disciplina.

Sin embargo, aun desde dentro de los grupos que desarrollan esta oposición radical, encontramos intentos de rehabilitación de la disciplina, si bien bajo aspectos diferentes. Y no sólo esto, sino también una preocupación continua por la metafísica y su posibilidad. La obra de Habermas, por ejemplo, es testimonio de esta inclinación, y aun los postmodernistas más radicales, como Derrida, oca-

1. Strawson, P. F. (1989), *Individuos. Ensayos de metafísica descriptiva*, Taurus, Madrid, 1989, prefacio.

sionalmente y a regañadientes, aceptan la inevitabilidad de la disciplina.

Vale la pena mencionar que muchos de los ataques en contra de la metafísica no han sido teóricos. Los ataques teóricos han sido frecuentemente acompañados de medidas represivas con las cuales se ha tratado de suprimir la práctica de la disciplina. Existen muchos ejemplos históricos de este fenómeno. En la Edad Media, por ejemplo, se condenaron repetidamente opiniones y obras que se consideraban peligrosas para la ortodoxia comúnmente aceptada. Estas condenas no fueron siempre declaraciones teóricas; con frecuencia implicaban la prohibición de la enseñanza de opiniones y libros que se consideraban peligrosos. En algunos casos se revocaron licencias para enseñar y se silenciaron las voces de desacuerdo. Otro ejemplo explícito lo encontramos en el siglo XIX en el intento de los positivistas de prohibir la enseñanza de la metafísica y otras disciplinas «no científicas» en la escuela secundaria. Estos intentos no siempre fructificaron en sociedades democráticas, donde era costumbre aceptar diferentes puntos de vista, pero en las sociedades controladas políticamente por minorías opresoras, los esfuerzos de los positivistas tuvieron mucho éxito. En países como México, por ejemplo, donde dominaba un régimen totalitario, el estudio de la metafísica durante el auge positivista fue efectivamente suprimido.

Claramente, pues, la metafísica siempre ha renacido a pesar de todos los obstáculos que se le han opuesto y no hay duda de que lo seguirá haciendo. Pero ¿cuál es la razón?, ¿por qué sucede que a pesar de todos los ataques y vicisitudes que ha sufrido a través de su historia no sólo renace sino que frecuentemente surge con nuevo vigor? Una respuesta bien conocida a esta pregunta es que la metafísica es una disposición natural del ser humano. Como nos dice Kant en sus *Prolegómenos*: «Que el espíritu humano abandone alguna vez las especulaciones metafísicas tiene tan poca probabilidad como que dejemos de respirar por completo, para no respirar aire impuro». Aun cuando lo que consigamos con la metafísica sea algo indeseable, no la podemos abandonar. Y no la podemos abandonar precisamente porque las cuestiones que se plantean en la metafísica son las cuestiones más fundamentales que se pueden plantear, pues tienen que ver con el fundamento mismo de nuestra experiencia. Abandonarlas es impensable, aun cuando nunca encontremos soluciones completamente satisfactorias para ellas.

Muy bien, pero ¿qué es la metafísica? No hay esperanza de encontrar una respuesta satisfactoria para la pregunta de por qué sobrevive algo que no se sabe muy bien qué es. Esa es la pregunta que los artículos de este volumen tratan de responder. Naturalmente, la variedad de respuestas hace la tarea difícil, de manera que para facilitarla se ha adoptado una organización histórica. Comenzamos con

Platón y terminamos con la metafísica analítica de hoy. Aunque todos los autores que se tratan y las corrientes filosóficas que se examinan han tenido gran influencia en la concepción de la disciplina, no todos han presentado sus ideas sobre ella explícitamente. Esto quiere decir que en algunos casos los artículos de este volumen se han tenido que limitar a ilustrar concepciones particulares de la disciplina más que a exponer concepciones explícitamente propuestas por los autores en cuestión.

Termino agradeciéndoles a los autores de los artículos su participación en este proyecto y la paciencia que han tenido con un proceso que ha resultado ser más largo de lo anticipado. Además, quiero hacer público mi aprecio por las sugerencias que recibí de Ezequiel de Olaso, un gran amigo que ya no está con nosotros, Osvaldo Guariglia, Fernando Salmerón y Leonardo Zaibert. Con Mercedes Torrevejano estoy en deuda no sólo por sus invaluable consejos y sugerencias sobre el volumen en general, sino también por una lectura perspicaz y crítica del Prólogo, la Introducción y el trabajo sobre Suárez.